

Ser docente universitario



Alfredo Gutiérrez

Todo en la vida tiene su inicio y su final. La primera ocasión que nos visitó el maestro Alfredo Gutiérrez fue para dar inicio al Seminario Permanente sobre el Pensamiento Complejo creado por la Dirección General de Desarrollo Académico e Innovación Educativa (DINNOVA). Iniciamos con la conferencia y curso: “¿Quién es Edgar Morin? Reflexiones sobre la complejidad: la obra de Edgar Morin” un frío miércoles 31 de enero de 2007, un acercamiento a la obra del gran pensador francés Edgar Morin, entrañable amigo del maestro Alfredo.

La última vez que el maestro Gutiérrez estuvo en Ciudad Juárez —y en la UACJ— fue en el verano de 2008, también para impartir otro curso: “Reinventando la ética en la complejidad”, y ofreció la conferencia: “Ser docente universitario: interdisciplinario, ético y saber sobre juventud” en el marco de la Ceremonia de Certificación Docente, la mañana del 29 de mayo de 2008.

Agradecemos al maestro Alfredo Gutiérrez por compartir sus conocimientos y sabiduría; por acompañarnos durante este tiempo; por su asesoría en los proyectos académicos; pero sobre todo, por el cariño y amor a esta ciudad y a quienes la habitamos; juarense por decisión y por decisión se ha quedado en estas tierras del desierto. El maestro que dibujó la vida con sus palabras.

Como un sencillo homenaje por todo lo que él nos dio, presentamos el texto que leyó en la Ceremonia de Certificación Docente y que es el último mensaje que tenemos de tan apreciado y distinguido maestro.

Dora María Aguilar Saldívar

Agradezco la oportunidad de celebrar con ustedes estos meritorios y muy urgentes logros, que significan aquí con su presencia. Como un juarense convencido, puedo decirles que los necesitamos así, en nuestra ciudad, no menos. Necesitamos crecer para ganarle la carrera a las malas imágenes, y a las injustas generalizaciones. La ciudad, para cultivar lo mejor de sí misma, requiere de sus pensamientos, de sus artes y de su valor ciudadano. Necesita de su ciencia, de su sabiduría y de su conciencia. Maestras ejemplares, hermanos académicos, autoridades muy distinguidas, llevo media vida enviando telegramas fraternales a mis colegas universitarios, aunque por alguna extraña razón hay algo en la atmósfera, alguna interferencia cósmica, que impide el entendimiento de este humilde mensaje: mi voz y mis escasas neuronas se han gastado, pero no mi intención; sólo quiero aprovecharme hoy, enviarlo ahora nuevamente, o enviar lo que me quede de él después de tanto tiempo de intentarlo. ¿Qué quiero decir? Hablo de los universitarios en México, que no somos ni con

mucho, la universidad que este país necesita. La universidad que el mundo de hoy requiere, la que puede responder a las urgencias de este tiempo, la que a los jóvenes podría servir, ilustrar y fortalecer para desempeñarse en un mundo tan difícil.

Cuando escucho lo que en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez se ha estado haciendo, no dejo de sorprenderme y de sentir un orgullo compartido. No pasa lo mismo en todas las universidades de México. Para que la universidad mexicana pudiera colocarse a la altura de las expectativas de hoy, se requeriría cumplir con muchas tareas, cuando menos, saber y hacer que los académicos nos diéramos por enterados de que el conocimiento está recuperando sus más amplias avenidas, porque hoy se prepara para salvar la vida en el planeta Tierra. No sólo para un examen o para recibir un permiso y ejercer una profesión. El conocimiento es mucho más hoy que en los tiempos pasados, porque viene acompañado de consecuencias, de impactos, de efectos que repercuten en la gente que no está cerca de nosotros y

El milagro de educar, que es un milagro humano, comienza un segundo después de que llega la hora de salida, signada en nuestros contratos.



en las generaciones futuras, por decirlo también, en la casa de todos nosotros que es este planeta. Que el conocimiento no tiene fronteras, aunque padezca de limitaciones e insuficiencias, que no se le puede aprisionar en los cubículos, en los programas, en los presupuestos, en los colegios de profesores, en los métodos de unos y de otros; es decir, en los usos y en las costumbres excluyentes todavía al servicio de los intereses monodisciplinarios, o de cada disciplina particular. Es más antiguo y universal. Que hoy el conocimiento se transforma casi simultáneamente en ignorancia, si los sujetos del aprendizaje, estudiantes y profesores, no van por él donde quiera que se encuentre. Esto es, si no viven permanentemente organizados para conquistarlo y aprovecharlo solidariamente, no en aislamiento individual, o en la competencia feroz. Que los profesores y los estudiantes asumieran acuerdos de mutua superación y programas de incremento en la calidad de sus funciones, de forma libre, libremente evaluable, en la misma corresponsabilidad con que se adopten metas y objetivos de actualización permanente, y se provean o gestionen los medios necesarios para la elevación de nuestras expectativas y de las expectativas ajenas en relación con la universidad. Que devuelvan la más alta jerarquía a los temas y problemas que entre todos hemos devaluado, y que los estudiantes, por lo mismo, hoy consideren materias de relleno, de cultura general o para completar la suma mágica de los créditos. Discriminación suficiente, para no ofrecer el título y el honor universitario a cualquiera que de ese modo niegue el sentido de los estudios superiores en nuestro país. Que nos ejercitemos en la prueba de un pensar no reduccionista, ni simplificador, para calificar el potencial cualitativo y cuantitativo de la aproximación compleja a la realidad, a una realidad que no se encuentra encasillada sólo para los especialistas, sino disponible para la perspectiva ecológica y ecopráctica, en visiones de conjunto crecientes e integradoras, porque la realidad no está dividida según nuestros programas ni según nuestros temarios. Que la actividad administrativa siga administrativa, siga el actuar académico, el sueño de siempre. Pero que el actuar académico

produzca, primero, sus abundantes valores y contenidos como materia de una autonomía creativa, abierta y propositiva, y no de un grito a favor de la autonomía universitaria, sino como de un hecho que se puede compartir y abrir para dar. No como algo que nosotros cultivamos en el interior, y que no queremos que los otros vean, sino como algo que ofrecemos a los demás cotidianamente porque existen contenidos aquí dentro. No sólo, pues, la autonomía de un aislamiento proteccionista y defensivo, que no quiere mostrar sus faltantes. Que el estudiantado asuma la gravedad y la expansión de los desafíos de su tiempo, que es el nuestro, recalificando y enriqueciendo sus conocimientos, abriéndose en la búsqueda interinstitucional de una información actualizada y de una capacitación múltiple en campos ampliados de realidades interactivas. En fin, que no pospongamos para mañana, lo que debimos iniciar ayer, porque sin autocrítica difícilmente hay decisión y movimiento universitario auténtico y propositivo. No hay justificación que valga para la producción masiva de desempleados, de migrantes forzados, de delincuentes orillados a la criminalidad, o de jóvenes viajeros de sueños sin retorno. Los jóvenes, aunque muchas veces lo olvidemos, sí tienen valores y sí ven; los jóvenes descubren hoy con más claridad la fragilidad de los adultos, cuando no el vacío nuestro, y actúan en consecuencia. Si hemos perdido autoridad, es porque muchos, efectivamente, no la tenemos y se nos nota. Muchos, sin quererlo, les estamos heredando la incertidumbre y la indefinición de tiempos muy difíciles. Este antiguo Paso del Norte, la muy leal Ciudad Juárez, de las mujeres dignas, merecen el esfuerzo mayor de los mejores universitarios. Me invito, ahora que estoy aprovechando esta ocasión, sin merecerlo, me invito junto con ustedes a no caer en el olvido de ser universitarios, no confundir esto con un oficio cualquiera, por limpio, justo y digno que sea. No confundir esto con un medio de percepción económica solamente, con una inercia social que da prestigio, lugar, posición; o que daba eso antes. Ni con un estacionamiento, ni con un lugar para entretenernos una buena parte del día; o con un pretexto para salir de casa, o con una forma de

relacionarnos muy a la mano, o con una simple chamba. El ser universitario sí tiene que ver con la coherencia personal de una vida, y con la generosidad humana largamente cultivada durante siglos. El milagro de educar, que es un milagro humano, comienza un segundo después de que llega la hora de salida, signada en nuestros contratos. Cuando en las oficinas y en las aulas se apaga la luz, se enciende el conocimiento, que es del mundo, y que no tiene ni horarios, ni calendarios que valgan. Para lo cual, todos necesitamos mandarnos a hacer nuevos y reeducarnos mutuamente en la humilde inconformidad, en la compartida inteligencia y la alegre autocrítica de una enérgica búsqueda para la producción de sociedades nuevas en un nuevo pensamiento articulador que asegure la vida en la Tierra. Les deseo, además de la felicidad, que todo esto nos suceda y podamos compartir este placer y este sufrimiento. Gracias.